

ción más larga, la más sangrienta, la más desesperada y la más fanática de cuantas registra la historia patria.

Me he detenido quizás demasiado en las consideraciones sobre el carácter de Comonfort y de sus actos como Presidente; pero me ha parecido conveniente para hacer más comprensible la situación anómala por la que atravesaba el país, para rectificar errores de apreciación, y para que se mida en toda su grandiosa magnitud la obra redentora de Juárez.

## CAPITULO VII

Juárez, Presidente.—Su peregrinación.—Su viaje á Veracruz.

Comonfort nos dejó el caos; pero en medio de ese caos quedó Benito Juárez, en quien encarnaron los sublimes principios de Patria y Libertad.

Juárez hizo un lábaro de la Constitución, y con una fe inquebrantable y un valor heroico, emprendió la lucha en pro de sus principios.

No dijo como Luis XIV:—«¡El Estado soy yo!» pero sí debió exclamar:—«¡Yo soy la legalidad!»

Bajo malos auspicios comenzó aquella lucha titánica para el partido liberal. Los hombres duchos en el arte de la guerra estaban afiliados en el bando contrario; la riqueza del clero era un factor importantísimo en favor de la reacción. El partido liberal era casi exclusivamente un partido civil y pobre de bienes de fortuna.

¡Pero qué importaba! Allí estaba Juárez, en toda la plenitud de su grandeza moral. Las batallas enseñaron al ejército liberal á combatir; las derrotas le enseñarían á triunfar.

Llegó Juárez á Guanajuato el 19 de Enero, y allí instaló su Gobierno, como Presidente interino, siendo reconocido por los Estados que no se habían adherido al Plan de Tacubaya, y por aquellos que, después de haberlo aceptado, lo repudiaron. Constituyó su primer Gabinete, confiando las carteras de Relaciones y de Guerra á Don Melchor Ocampo; la de Gobernación á Don Santos Degollado; la de Justicia á Don Ma-

nuel Ruiz; la de Hacienda á Don Guillermo Prieto; la de Fomento á Don León Guzmán.

Aquel Gabinete representaba la variedad dentro de la unidad. La unidad consistía en el patriotismo y en el liberalismo de aquellos hombres. La variedad estribaba en los caracteres. Ocampo era un sabio, un filósofo de la escuela estoica; Degollado un apóstol, casi un iluminado, víctima de todas las derrotas, héroe de todas las reorganizaciones; Ruiz un liberal sin tacha, como los otros, hombre de reflexión; Prieto era un idealista, un poeta, casi un soñador; León Guzmán un jacobino intransigente.

Juárez no era hombre que se hiciese ilusiones. Comprendió la situación desde el primer momento y la afrontó con todas sus consecuencias. Lejos de buscar transacciones ni componendas, deslindó los campos.

En el Manifiesto que expidió en Guanajuato el 19 de Enero, dijo:

Mexicanos:—El Gobierno Constitucional de la República, cuya marcha fué interrumpida por la defección del que fué depositario del poder supremo, *queda restablecido*. La Carta Fundamental del país ha recibido una nueva sanción, tan explícita y elocuente, que sólo podrán desconocerla los que voluntariamente cierran los ojos á la evidencia de los hechos.

«Los hombres que de buena ó de mala fe repugnaban aceptar las reformas sociales que aquel Código establece para honor de México y para el bien procomunal, han apurado todos sus esfuerzos á fin de destruirlo. Han promovido motines á mano armada, poniendo en peligro la unidad nacional y la independencia de la República. Han invocado el nombre sagrado de nuestra religión, haciéndola servir de instrumento á sus ambiciones, y queriendo aniquilar de un solo golpe la libertad que los mexicanos han conquistado á costa de todo género de sacrificios; se han servido hasta de los mismos elementos de poder que la Nación depositara, para la conservación y defensa de sus derechos, en manos del jefe á quien había honrado con su ilimitada confianza. Sin embargo, tan poderosos como han sido sus elementos, han venido á estrellarse ante la voluntad nacional, y sólo han servido para dar á sus promovedores el más cruel de los desengaños, y para

establecer la verdad práctica de que, de hoy en adelante, los destinos de los mexicanos no dependerán ya del arbitrio de un hombre solo, ni de la voluntad caprichosa de las facciones, cualesquiera que sean los atentados de los que las formen.

«La voluntad general expresada en la Constitución y las leyes que la Nación se ha dado por medio de sus legítimos representantes, es la única regla á la que deben sujetarse los mexicanos para labrar su felicidad, á la sombra benéfica de la paz. Consecuente con este principio, que ha sido la norma de mis operaciones, y obedeciendo al llamamiento de la Nación, he reasumido el mando supremo, luego que he tenido libertad para verificarlo. Llamado á este difícil puesto *por un mandato constitucional y no por el mandato de las facciones*, procuraré, en el corto período de mi administración, que el Gobierno sea el protector imparcial de las garantías individuales, el defensor de los derechos de la Nación y de las libertades públicas. Entretanto se reúne el Congreso de la Unión á continuar sus importantes tareas, dictaré las medidas que las circunstancias demanden para expeditar la marcha de la administración en sus distintos ramos, y para restablecer la paz. Llamaré al orden á los que con las armas en la mano ó de cualquiera manera niegan la obediencia á la ley y á la autoridad; y si por una desgracia lamentable se obstinaren en seguir la senda extraviada que han emprendido, cuidaré de reprimirlos con toda la energía que corresponde, haciendo respetar las prerrogativas de la autoridad suprema de la República.»

«Mexicanos: sabéis ya la conducta que me propongo seguir; prestadme vuestra cooperación: la causa que sostenemos es justa, y confiamos en que la Providencia Divina la seguirá protegiendo como hasta aquí.»

Cuando Juárez decía esto no contaba ni con ejército ni con tesoro. Sólo contaba con el derecho; y con el derecho venció.

La facción reaccionaria se movió con actividad. Contaba con dos jefes jóvenes, ambiciosos, hábiles, valientes y buenos organizadores: Osollo y Miramón.

Estos emprendieron la campaña sobre el interior, persiguiendo á Juárez, buscando al general Parrodi, que era el jefe de las fuerzas coaligadas del partido constitucionalista.

Esos movimientos obligaron á Juárez á dirigirse á Guada-

lajara, donde estableció provisionalmente su Gobierno el 15 de Febrero de 1858.

El 10 de Marzo se encontraron los dos ejércitos enemigos en los campos de Salamanca. Osollo venció á Parrodi. El combate fué poco sangriento. Más que por el genio militar de Osollo y por el denuedo de sus tropas, los liberales fueron derrotados por su falta de homogeneidad y de disciplina. El general Doblado, que llevó buen contingente de tropas, se retiró llevándose casi intactas, para capitular dos días más tarde en Romita de una manera vergonzosa. Parrodi se retiró en orden bastante bueno hacia Guadalajara.

La noticia de esa derrota llegó en breve á la capital de Jalisco y sirvió para alentar á los reaccionarios que allí había y para decidir al teniente coronel graduado Don Antonio Landa á rebelarse contra Juárez. Landa mandaba 200 hombres del 5° Batallón de Línea, que había quedado, en compañía de varios piquetes, guarneciendo la plaza.

Dice Don Guillermo Prieto (Lecciones de Historia Patria) que cuando llegó el parte de la derrota de Salamanca (día 12 de Marzo) estaba Juárez en junta de Ministros. Al saber la noticia, «todos quedaron en profundo silencio. Juárez, sin titubear, dijo: «Han quitado una pluma á nuestro gallo,» y dió instrucciones á Prieto para que redactase un Manifiesto».

Al día siguiente (el 13) se pronunció Landa y fueron aprehendidos Juárez y sus Ministros, quienes quedaron confinados en el palacio de Gobierno.

La fanática soldadesca que custodiaba á los ilustres prisioneros, al mando del teniente coronel Filomeno Bravo, y exaltada por una imprudencia cometida por el temerario coronel liberal Miguel Cruz Aedo, resolvió fusilarlos. Aquí conviene dejar la palabra á Guillermo Prieto, héroe de aquel episodio, quien refiere el caso en un artículo que mucho ha circulado en la prensa:

«El jefe del motín (Bravo), al ver la columna (de Aedo) en las puertas de Palacio, dió orden para que fusilasen á los prisioneros. Eran ochenta por todos.—Una compañía del 5° se encargó de aquella orden bárbara.—Una voz tremenda, salida de una cara que desapareció como una visión, dijo:—

«Vienen á fusilarnos.»—Los presos se refugiaron al cuarto en que estaba el Sr. Juárez; unos se arrimaron á las paredes, los otros como que pretendían parapetarse con las puertas y con las mesas.—El Sr. Juárez se avanzó á la puerta; yo estaba á su espalda.—Los soldados entraron en el salón... arrollándolo todo; á su frente venía un joven moreno, de ojos negros: era Peraza. Corría de uno á otro extremo, con pistola en mano, un joven de cabellos rubios: era Moret (Pantaleón). Y formaba aquella vanguardia Don Filomeno Bravo, Gobernador de Colima después.—Aquella terrible columna, con sus armas cargadas, hizo alto frente á la puerta del cuarto... y sin más espera, y sin saber quién daba las voces de mando, oímos distintamente: «¡Al hombro! ¡Presenten! ¡Preparen! ¡Apunten...! Como tengo dicho, el Sr. Juárez estaba en la puerta del cuarto; á la voz de «¡Apunten!» se asió del pestillo de la puerta, hizo hacia atrás su cabeza y esperó... Los rostros feroces de los soldados, su ademán, la conmoción misma, lo que yo amaba á Juárez... yo no sé... se apoderó de mí algo de vértigo ó de cosa de que no me puedo dar cuenta... rápido como el pensamiento, tomé al Sr. Juárez de la ropa, lo puse á mi espalda, lo cubrí con mi cuerpo... abrí mis brazos... y ahogando la voz de ¡fuego! que tronaba en aquel instante, grité: ¡Levanten esas armas! ¡levanten esas armas! ¡los valientes no asesinan...! y hablé, hablé. Yo no sé qué hablaba en mí que me ponía alto y poderoso, y veía, entre una nube de sangre, pequeño todo lo que me rodeaba; sentía que lo subyugaba, que desbarataba el peligro, que lo tenía á mis pies... Repito que yo hablaba y no puedo darme cuenta de lo que dije... A medida que mi voz sonaba, la actitud de los soldados cambiaba... Un viejo de barbas canas que tenía en frente, y con quien me encaré diciéndole: «¿Quiéren sangre? ¡Bébanse la mía...! ¡alzó el fusil... los otros hicieron lo mismo... Entonces vitoreé á Jalisco!—Los soldados lloraban, protestando que no nos matarían, y así se retiraron como por encanto... Bravo se puso de nuestro lado.—Juárez se abrazó de mí... mis compañeros me rodeaban, llamándome su salvador y el salvador de la Reforma... mi corazón estalló en una tempestad de lágrimas...»

El Sr. D. José María Vigil, ilustrado historiador de esta épo-

ca, agrega: «Todos los testigos presenciales refieren con admiración el valor frío y tranquilo del Sr. Juárez, que ni se movió del puesto que ocupaba, ni dió señal alguna de emoción cuando iba á ser sacrificado; así como la presencia de ánimo de Prieto, que consuelociente y oportuna palabra desarmó á sus enemigos.»

Parrodi se acercaba á Guadalajara con sus huestes, y esto influyó poderosamente en Landa y sus secuaces para que se apresurasen á aceptar un convenio en virtud del cual se comprometían á salir de Guadalajara, dejando en libertad al Gobierno, llevándose sus tropas, armas y bagajes. En virtud de ese convenio, celebrado el día 15, Juárez y sus Ministros pasaron á la casa del vicecónsul de Francia; el día 16 se publicó la capitulación; en la tarde evacuó la plaza Landa con sus agentes para incorporarse á las fuerzas de Osollo, y el Gobierno publicó un Manifiesto dando cuenta de lo acontecido, demostrando su gratitud al pueblo de Jalisco, y en particular al de Guadalajara, en el que, entre otras cosas, decía:

«Perdamos ó no batallas; perezamos á la luz del combate ó en las tinieblas del crimen, los que defendemos tan santa causa, ella es invencible. La desgracia de Salamanca no es más que uno de los azares, harto comunes en la guerra. Pueden seguirse otros, puesto que apenas hemos abierto la nueva campaña; puede llegarse á ver de nuevo el país ensayarse, volverse el pupilo de 1821, como lo pretenden sus mil veces reconocidos por ineptos tutores: la democracia es el destino de la humanidad futura; la libertad, su indestructible arma; la perfección posible, el fin adonde se dirige.»

Al día siguiente, 17, publicó una proclama demostrando su gratitud á las guardias nacionales de Jalisco. En ella encuentro los siguientes párrafos:

«En esta faz de la gran lucha de la humanidad entre los que tiranizan y los que libertan; entre los que especulan y los que prodigan todo cuanto poseen por sus creencias, la victoria es digna de su teatro, porque Jalisco es una tierra consagrada por el valor y la libertad.

«Con esas creencias, que son la vida de mi corazón; con esta fe ardiente, único título que enaltece mi humilde persona hasta la grandeza de mi encargo, *los incidentes de la gue-*

*rra son despreciables; EL PENSAMIENTO ESTÁ SOBRE EL DOMINIO DE LOS CAÑONES, y la esperanza inmortal nos presenta la victoria decisiva del pueblo, á despecho de unos cuantos infelices, porque Dios es el caudillo de las conquistas de la civilización.»*

Ocampo dijo en un célebre discurso: «me quiebro, pero no me doblo.» Juárez demostró en todos los actos de su vida que ni se quebraba ni se doblaba.

Llegaron á Guadalajara el mismo día 17 las fuerzas de Parrodi, las que estaban completamente desmoralizadas. El 18 llegaron Parrodi y Degollado. Después de largas conferencias, se resolvió que el Gobierno saldría de Guadalajara, y así lo hizo con el mayor sigilo, saliendo en la madrugada del 20 el Sr. Juárez con sus Ministros y algunos empleados, escoltados por ochenta rifleros al mando del coronel Don Francisco Iniestra, y algunos soldados del 1° de Caballería.

A las dos de la tarde rindieron la jornada en Santa Ana Acatlán, y media hora después recibió Juárez la noticia de que Landa y Quintanilla, al frente de 400 hombres y con dos piezas de artillería, se dirigían sobre el punto.

He aquí cómo refiere el mismo Juárez lo que allí pasó:

«Respecto del suceso de Santa Ana Acatlán, debo decir: que después de haberse roto los fuegos entre la pequeña fuerza que yo llevaba y la que mandaba el teniente Coronel Landa, me manifestó el Sr. general Don Francisco Iniestra, jefe de mi escolta, que si el enemigo emprendía un asalto era inevitable nuestra pérdida, porque las municiones se estaban ya agotando, el edificio en que nos hallábamos era muy débil y el enemigo contaba con cerca de 600 hombres, no pasando de 60 los nuestros, lo que me participaba para que pensara en el modo de salvarme y le diese órdenes, que él cumpliría exactamente, como era su deber. Manifesté á los señores Ministros que me acompañaban lo que acaba de participarme el Sr. Iniestra, y les dije que mi opinión era que ellos y los demás empleados que formaban mi comitiva podían salirse de aquel local con todas las precauciones posibles para no ser vistos del enemigo, y ocultarse en algunas casas de la población, ó marcharse al campo, para salvarse de las consecuencias de un asalto, que indudablemente emprendería el ene-

migo en el resto de la tarde ó en la madrugada del día siguiente; que yo me quedaba á seguir la suerte de nuestra fuerza; y que el medio de salvación que yo les indicaba, no les era indecoroso, porque no ejerciendo ellos mando alguno militar en aquellos momentos, ni siendo nombrados para permanecer constantemente á mi lado en situación en que nada podía despatcharse en los ramos de Gobierno, no tenían el mismo deber estrecho que yo de permanecer en mi puesto en aquellas circunstancias. Ellos, sin embargo, me contestaron de un modo enérgico y resuelto, que no aceptaban mi indicación, cualquiera que fuese la suerte que me tocara. Les dí las gracias y dispuse que si en el resto de la tarde no sufríamos un asalto, aprovechásemos la noche para romper el sitio, único medio de salvación que nos quedaba. Se comunicó al Sr. Iniestra, y emprendimos la marcha á las once de la noche.» (Carta rectificación al Sr. Romero, ya citada.)

Llegó Juárez con los suyos á Sayula el día 23; el 24 pernoctó en Zapotlán y el 26 entró en Colima.

Allí supo Juárez que Parrodi, á quien había nombrado Ministro de la Guerra al salir de Guadalajara, dejándole todos los recursos militares con que contaba, había capitulado sin combatir, entregando la plaza á Osollo. No se inmutó por este otro *azar de la guerra*; nombró Ministro de la Guerra á Degollado, encargándole del mando del ejército y dándole facultades omnímodas en los Estados del Norte y de Occidente, y el 11 de Abril (el 14 según Zerezero) se embarcó en Manzanillo, con los Ministros Prieto, Ocampo, Guzmán y Ruiz, á bordo del vapor «Jhon L. Stephens,» para Panamá, tocando en Acapulco, para conferenciar con Don Juan Alvarez, lo que no fué posible por hallarse dicho jefe en su hacienda de la Providencia. Llegó á Panamá el 18, atravesó el istmo, se embarcó en Colón el 19 en el vapor «Granada,» que lo condujo á la Habana, donde arribó el 22; allí tomó el vapor «Philadelphia» que lo llevó á Nueva Orleans, en cuyo puerto desembarcó el 28, y se reembarcó el 1° de Mayo para Veracruz, en el «Tennessee,» llegando á la ciudad heroica el día 4 del mismo mes.

La Reforma está asegurada. Juárez lo decía; Zamora lo confirmaba.

## CAPITULO VIII

Don Manuel Gutiérrez Zamora.—Cómo fué recibido Juárez en Veracruz.  
La Reforma.—El triunfo.

Don Manuel Gutiérrez Zamora era el tipo perfecto del veracruzano: franco, generoso, leal y valiente.

Hijo de una antigua y distinguida familia veracruzana, nació y se crió en la ciudad heroica, se dedicó al comercio, al lado de su honorable hermano mayor Don José, y al mismo tiempo tomó desde temprano participación en la cosa pública.

Cuando el general norteamericano Scott sitió y bombardeó á Veracruz en 1847, Don Manuel figuró entre los mejores defensores de la ciudad, con el carácter de Mayor de la Guardia Nacional del puerto. No quiso capitular y no capituló: se fugó de la plaza, en un bote, desembarcó en la Antigua, y se fué á continuar la guerra, con otros jóvenes veracruzanos, que se unieron á la guerrilla del célebre Padre Jarauta.

Suliberalismo le valió la persecución de Santa-Anna, quien lo desterró á Europa.

Cuando regresó, y con motivo del triunfo del Plan de Ayutla, fué nombrado Gobernador del Estado, para cuyo cargo fué electo popularmente después de promulgada la Constitución de 1857.

El Sr. Gutiérrez Zamora era un hombre de fibra y de no escaso talento. Aceptó la Constitución; pero desde que Comonfort ideó el golpe de Estado, trabajó con ahinco y mucha maña para atraerse á Zamora, quien vaciló y al fin fué aluci-